

de servir como testigos en un testamento, son testigos en la causa de Dios. ¿Era posible maldecir á las hijas de Eva, cuando aquellas mensajeras celestes se convertían en misioneras de la verdad en sus hogares, como esposas y madres, ó en medio de los Bárbaros como esclavas? (1).

§ IV.—La esclavitud.

La esclavitud es el crimen del mundo antiguo: éste pereció por haber desconocido la libertad, la igualdad, la unidad humana. Nos complacemos en figurarnos el cristianismo como una doctrina de emancipación: ¿no ha abolido virtualmente la esclavitud, abriendo sus brazos á los esclavos? Sin embargo, cosa singular, en las clases serviles fué donde la predicación evangélica encontró más violenta oposición; de su seno salieron aquellos denunciadores que acusaban á los cristianos de comer carne humana y de cometer incestos; dominaban á sus amos por el temor, hasta el punto de que no se atrevían á derribar los ídolos en sus campos (2). Si el cristianismo hubiera llamado á los esclavos á la libertad, ¿hubieran desdenado este favor los mismos que habían derramado su sangre en numerosas insurrecciones por conquistar los derechos del hombre?

Los esclavos no podían ver en el Evangelio una doctrina de emancipación, porque Jesucristo no quería emancipar á los esclavos. Llamó á todas las clases de la sociedad á la igualdad religiosa, pero sin cambiar nada en su condición civil. El cristianismo no venía á hacer la revolución en el estado social; aceptaba todas las instituciones existentes incluso la esclavitud.

«Hermanos míos, dice San Pablo (3), que cada cual se conser-

(1) CHATEAUBRIAND., *Estudios históricos.—Enciclopedia Nueva*, en la palabra *Mujer* (artículo de LEGOUVÉ).

(2) BEUGNOT, *Historia de la destrucción del paganismo en Occidente*, t. I, página 172.

(3) PABLO, *I. Corinth.*, VII, 24, 21, 22.—Compárese á NEANDER, *Gesch. der Pflanzung der christlichen Religion*, t. I, p. 426-428.

ve ante Dios en el estado á que ha sido llamado. Si has sido llamado siendo esclavo, no te importe. Porque el esclavo que es llamado por el Señor, es el liberto del Señor: y á su vez, el que es llamado, siendo libre, es el esclavo de Cristo.» El cristianismo, lejos de destruir la servidumbre, le dió nueva fuerza, en el sentido de que el esclavo dejaba de maldecirla y se reconciliaba con su condición, como asignada por la Providencia: «Que los esclavos consideren á sus señores como dignos de toda especie de honores, á fin de que el nombre de Dios y su doctrina sean respetados. Los que tienen fieles por señores, no los desprecien so pretexto de que son sus hermanos; sino sírvanlos mejor por lo mismo que son fieles..... Servidores, obedeced con temor y sencillez de corazón á los que son vuestros señores, según la carne, como á Cristo; no los sirvais solamente cuando están presentes, como si no pensaseis más que en complacer á los hombres, sino que debeis hacer de buen grado la voluntad de Dios, como servidores de Cristo..... Sabed que cada cual, libre ó esclavo, recibirá del Señor según el bien que haya hecho» (1). Al lado de estos preceptos dirigidos á los esclavos, se encuentran consejos de justicia y de moderación para los amos (2). Pero estas recomendaciones no comprometen su autoridad. «El esclavo, dice San Ignacio, no debe ni siquiera concebir el deseo de la emancipación; lejos de llenarse de orgullo al verse confundido con su señor en las asambleas cristianas, debe servir con más celo á fin de hacerse digno de la verdadera libertad» (3).

Los Padres de la Iglesia exageran aún los sentimientos de San Pablo, tan poco favorables ya á la libertad. Como él, recomiendan á los esclavos que estén contentos en su condición y sean sumisos en todo (4). Como él dicen que el esclavo cristiano de un amo pagano no debe ni aún desear la libertad (5). Ven en la doctrina del Apóstol un motivo para que los ricos, los propietarios de escla-

(1) PABLO, *I. Timoth.*, VI, 1-2; *Ephes.*, VI, 5-8; *Coloss.*, III, 22-24.

(2) *Coloss.*, IV, 1; *Ephes.*, VI, 9.

(3) IGNAT., *ad Polycarp.*, c. 5.

(4) HIERONYM., *in ep. ad Tit.*, c. 2 (*Op. t.* IV, p. I, p. 430).

(5) AGUSTIN (*Enarr. in Psalm. 124*, § 7) dice: «PABLO no ha dicho al esclavo que pida su libertad, sino que continúe sirviendo.»

vos, no sean hostiles al cristianismo: «Jesucristo, dice San Agustín, no llama á los esclavos á la libertad; cambia á los malos esclavos en buenos servidores; enseña á los esclavos á unirse á sus señores, no tanto por la necesidad de su condicion cuanto por el placer del deber» (1). Los Padres de la Iglesia van más allá. Hacen decir á San Pablo que los esclavos deberían preferir la servidumbre aún cuando se les ofreciera la libertad (2). Tal es, en efecto, la consecuencia lógica del dogma cristiano: los cristianos deben ser más que indiferentes á la libertad; deben preferir la servidumbre: «Si eres esclavo, dice San Isidoro, y si eres llamado á la fe, no estés descontento de tu suerte, no tiene nada de malo. Antes al contrario, te aconsejaria que, si pudieras ser libre, prefirieras ser esclavo» (3).

¿Cuál es la razon de la indiferencia del cristianismo, respecto de la emancipacion de los esclavos? Tiene su raíz en la concepcion de la libertad y de la servidumbre. «El cristianismo, dice Orígenes, promete la libertad á los esclavos» (4). Pero ¿qué libertad es ésta? El cuerpo y la materia pertenecen á la servidumbre; el espíritu y el alma son la esfera de la libertad (5). ¿En qué consiste, pues, la libertad? En soltarse de las ligaduras del cuerpo; por consiguiente, el esclavo puede tenerla lo mismo que el ciudadano. Que el esclavo sea cristiano en el alma, y será libre (6); su cuerpo podrá seguir dependiendo de los hombres, pero su alma no dependerá más que de Dios. Esta distincion entre la libertad inte-

(1) AUGUSTIN., *De morib. Eccles. Cathol.*, § 63.

(2) PABLO dice (*I. Corinth.*, VII, 21): δούλος ἐλήθης; Μή σοι μελέτω ἄλλ' εἰ καὶ δύνασαι ἐλευθεροῦ γενέσθαι, πᾶλλον χρήσαι. Hoy se traduce: «Si puedes ponerte en libertad, aprovecha la ocasion.» No es así como entienden los Padres de la Iglesia este pasaje. Segun ellos, PABLO dice á los esclavos que, aún cuando se les ofreciese la libertad, deberían preferir la servidumbre (CHRYSOSTOM., *in ep. I. ad Corinth.*, *Homil.*, XIX, 4, t. X, p. 164, A.). El texto permite, en efecto, esta interpretacion. En todo caso atestigua el espíritu del cristianismo; los cristianos estaban tan lejos de pensar en la abolicion de la esclavitud, que ni aún consideraban la emancipacion como un beneficio.

(3) ISIDOR. PELUS., *epist.* IV, 12.

(4) CHRYSOST., *Homil.*, 19 *in ep. I. ad Corinth.* (*Op.* t. X, p. 165, C): ὁ χριστιανισμὸς ἐν δουλείᾳ ἐλευθερίαν χαρίζεται.

(5) ORÍG., *fragm. in Deuter.*, t. II, p. 387, F.

(6) IBID., c. *Cels.*, III, 54.

rior y la libertad exterior se encuentra en todos los Padres de la Iglesia. Es la doctrina estoica; el lenguaje de Tertuliano es en el fondo el de Epicteto: «La libertad dada por el siglo te pone una corona en la cabeza; pero tú estás ya rescatado por el Redentor, Cristo, y ahora eres el esclavo de Cristo, aún cuando seas liberto para los hombres. Si crees verdadera la libertad del siglo y lo das á conocer llevando una corona, vuelves á la esclavitud del hombre, tu libertad no es más que una servidumbre, has perdido la libertad del cristiano» (1). «Aquel, dice Crisóstomo, que está sometido al yugo de las pasiones es esclavo, aún cuando fuera consular; el que está emancipado de sus pasiones es libre, aún cuando sea un esclavo» (2). Los estoicos decian que solamente el sabio es libre. San Ambrosio repite el mismo dogma y lo formula en los mismos términos. Se ha censurado al estoicismo su indiferencia hácia la libertad civil; la misma censura puede dirigirse al cristianismo. Bajo este punto de vista las dos doctrinas son idénticas (3).

Sin embargo, el cristianismo reconoce la libertad natural de los hombres, puesto que proclama su igualdad ante Dios: «¿De dónde procede, pues, la servidumbre? ¿Por qué se ha introducido en el mundo?» Muchas personas, dice Crisóstomo, desean conocer una respuesta á esta cuestion. El orador cristiano piensa que la servidumbre tiene su origen y su justificacion en el pecado (4). Agustín dió á esta opinion el peso de su autoridad: «La primera causa de la servidumbre es el pecado que somete un hombre á otro hombre, lo cual no sucede más que por el juicio de Dios, que no es capaz de injusticia. En el orden natural, segun el cual habia creado Dios al hombre, nadie era esclavo del hombre ó del pecado: la servidumbre, que es una pena, fué impuesta por la ley que manda conservar el orden natural y que prohíbe turbarlo, puesto que,

(1) TERTULL., *De Corona*, c. 13.

(2) CHRYSOST., *Homil.*, 18 *in ep. ad Tim. Op.*, t. XI, p. 656, C.

(3) AMBROS., *Ep.*, 37, 14 (*Op.*, t. II, p. 936); *de Jacob et vita beata*, II, 3, 12, (t. I, p. 462 y sig.).

(4) CHRYSOST., *in epist. ad Ephes.*, *Homil.* 22 (t. XI, 165 y sig.).

si no se hubiera hecho nada contra esta ley, la servidumbre no tendría nada que castigar» (1).

¿Cuál es la consecuencia fatal de esta doctrina? La resignación de los esclavos con su suerte. «Por esto, continúa San Agustín, el Apóstol advierte á los esclavos que sean sumisos hasta que pase la desigualdad y quede destruida toda dominación humana, cuando Dios sea todo en todos.» Esta doctrina merece que nos detengamos un momento. Todos los días oímos á los defensores del cristianismo decir que Jesucristo ha destruido virtualmente la esclavitud. Sin embargo, el Padre de la cristiandad latina, apoyándose en el mayor de los apóstoles, enseña que la esclavitud es eterna, y le da por fundamento el pecado. Si la servidumbre es la pena del pecado, siendo el pecado la esencia del hombre, también la servidumbre es de la esencia de la humanidad. ¡Así San Pablo y San Agustín proclaman la inmutabilidad de la esclavitud lo mismo que el pagano Aristóteles! El dogma del pecado, tal como el cristianismo lo comprende, destruye toda iniciativa del espíritu humano para corregir las instituciones viciosas. Sí, la esclavitud es una expiación, como todo mal que affige á los hombres; pero ¿es ésta una razón para someterse eternamente al imperio del mal? Por el contrario, la tarea de la humanidad y de los individuos es disminuir progresivamente el mal que reina en el mundo; la humanidad cumple con esta misión reformando las instituciones sociales; el individuo corrigiéndose y perfeccionándose.

Parece que la religión manifiesta la misma impotencia que la filosofía. Sin embargo, el cristianismo ha realizado un progreso inmenso. El estoicismo, al presentar la sabiduría como un medio de emancipación, pensaba mucho más en los hombres libres que en los esclavos: entre millones de esclavos no se ha encontrado más que un Epicteto. La religión cristiana abre su seno á los desheredados del mundo lo mismo que á las más elevadas inteligencias. Entre los estoicos la libertad era el privilegio de algunos sabios, al paso que entre los cristianos pertenece á todos los que creen en Jesucristo. Fundando la igualdad religiosa, el Evangelio realiza el ideal de la igualdad filosófica. La antigüedad no co-

(1) AUGUSTIN., *De Civ. Dei*, XIX, 5. ID., *de Genesi ad Litter.*, XI, § 50.

nocia ni tenía en estimación más que al ciudadano; el cristianismo inaugura el advenimiento del hombre: «Aquí ya no hay griego, ni judío, circunciso ni no circunciso, ni bárbaro, ni esclavo, ni libre; Cristo está todo en todos» (1). En verdad el orden de cosas que anuncia San Pablo es completamente nuevo; por primera vez el hombre tiene valor como tal, sin distinción de raza ni de condición social. Jesucristo es el Salvador de la humanidad; todos son llamados; el esclavo y el señor tienen un solo Dios, son hermanos.

El cristianismo se detiene en la igualdad ante Dios; no busca la igualdad civil. Pero los principios no se dejan mutilar así. El hombre es uno; no puede ser el igual de su semejante ante Dios y ser un esclavo en este mundo. En vano dice el cristianismo que quiere mantener las instituciones existentes, que no quiere emancipar los esclavos; sin quererlo y sin saberlo está en oposición con la esclavitud. Escuchemos á Gregorio de Niza: «Dios dijo: Hagamos el hombre á nuestra imagen. Este ser, que lleva en sí la imagen de Dios, ¡pretendeis venderlo y comprarlo! ¿Cuál es el precio de la imagen de Dios? ¿Encontraréis en toda la creación un valor que corresponda á lo que por su naturaleza es inestimable? Dios mismo no podría rebajar al hombre al estado de cosa. Lo ha creado para ser señor del mundo, ¡y este señor de la tierra lo poneis al mismo nivel que los animales, á los cuales tiene derecho de mandar!» Ya se considere al hombre en su grandeza ó en su pequeñez, la igualdad sigue siendo la ley de su naturaleza. La creencia tan viva, tan ardiente de los cristianos en la otra vida es una formidable imagen de la igualdad: «Después de la muerte el señor y el esclavo se convierten en polvo, y son sometidos á un mismo juez; pueden ir igualmente al cielo ó al infierno» (2). ¿Podrá subsistir en este mundo la desigualdad, cuando la igualdad es el término de nuestra vida?

Sin embargo, la incompatibilidad del cristianismo y de la servidumbre que hoy nos parece tan evidente, no lo era tanto á los

(1) PABLO, *Coloss.*, III, 11.

(2) GREGOR. NYSS., *Homil.* IV (*Op.*, t. I, p. 405-407).—GREGOR. NAZIANZ., *Tetrast.*, núm. 34, 35 (*Op.*, t. II, p. 158, B.).

ojos de los primeros cristianos. Esto consiste en que nosotros buscamos y descubrimos siempre la fase social del Evangelio, mientras que los verdaderos discípulos de Cristo no ven en él más que una ley de salvación. Puede decirse, pues, que si la igualdad religiosa ha llegado á ser igualdad civil, no debemos agradecerlo al cristianismo, porque aún hoy los cristianos deben decir con San Pablo que la libertad exterior es cosa indiferente, que la condición del esclavo es hasta preferible á la del hombre libre. En algunos Padres se encuentra una opinión más exacta. Así Cipriano echa en cara á los paganos la esclavitud como un crimen del paganismo (1). Isidoro escribe al amo de un esclavo que se había refugiado en la soledad: «Yo no sabía que un hombre que ama á Cristo, el cual nos ha emancipado á todos por su gracia, tuviese todavía esclavos» (2). Pero estas eran opiniones individuales; cuando estaban á punto de convertirse en realidad, la Iglesia no dejaba de condenarlas. Una secta de fanáticos quiso establecer por fuerza la igualdad que los cristianos seguían violando. Los *Circumcelliones* negaban á los ricos todo derecho; empleaban la violencia para obligarles á practicar la igualdad evangélica. ¡Ay de aquellos que no obedecían sus mandatos! En su cólera ponían á los amos en el lugar de los esclavos (3). Los furiosos de los *Donatistas* son como la *jacquería* del cristianismo. La Iglesia reprimió siempre estos movimientos revolucionarios en la antigüedad, en la Edad Media y casi en los tiempos modernos. No censuraremos por esto al cristianismo. No podía llamar á la libertad á los millones de esclavos que poblaban el mundo romano sin trastornar la sociedad hasta en sus cimientos. Los esclavos habían tratado de conquistar la igualdad por medio de las armas y no lo lograron. La religión hubiera fracasado igualmente si hubiera querido romper sus cadenas.

Nuestra deducción es que se equivocan los que buscan una doctrina social en la predicación evangélica. Bajo el punto de vista de los principios puede decirse que la igualdad religiosa implica

(1) CYPRIAN., *ad Demetr.*, p. 435, D: «Tú obligas á que te sirva á un hombre que nace como tú, que muere como tú, cuyo cuerpo está formado de la misma materia que el tuyo, cuya alma tiene el mismo origen.»

(2) ISIDOR., *PELUS.*, *epist.* I, 142.

(3) NEANDER., *Geschichte der christlichen Religion*, t. II, 1, p. 390.

la igualdad civil. ¿Pero ha sacado el cristianismo esta consecuencia? Satisfecho con la igualdad ante Dios, ha declarado siempre que no quería la igualdad civil, y en caso de necesidad la Iglesia se ha unido con los señores para contener á los esclavos en sus cadenas. Aún cuando hubiera tenido el sentimiento de libertad de que carece, su doctrina de resignación, de no resistencia, no le hubiera permitido tomar la iniciativa de la emancipación ni favorecerla. El primer movimiento de la emancipación nació de la sociedad laica. Los parlamentos y no los concilios son los que hicieron desaparecer los últimos vestigios de la servidumbre.

¿Quiere esto decir que el cristianismo no ha tenido parte alguna en esta obra civilizadora? Su influencia fué esencialmente moral. Para regenerar la sociedad es preciso regenerar las almas: esta es la revolución que Jesucristo inauguró. La servidumbre envilece á los desgraciados sobre que pesa: los esclavos del Imperio parecían animales más bien que hombres. Sería un milagro, dice Crisóstomo, hallar entre ellos un solo buen servidor. La libertad hubiera sido un dón funesto para seres degradados hasta tal punto. Era preciso, ante todo, moralizarlos. El cristianismo inauguró esta obra difícil imponiéndose á la imaginación de los esclavos con las penas del infierno que los aguardaban, si no se corregían, y anunciando recompensas para los buenos (1). Cuando por medio de la educación cristiana los esclavos hayan vuelto á ser hombres, Dios velará para que no les falte la libertad.

§ V.—Los ricos y los pobres.—La propiedad.

I.

Los antiguos no reconocían la igualdad más que entre los hombres libres. Por haberla desconocido en los esclavos no llegaron á realizarla en la ciudad. Las historias de Grecia y Roma están llenas de los combates entre la aristocracia y la democracia, entre

(1) CHRYSOST., *Homil.* IV, *in ep. ad Tit.* (*Op.*, t. XI, p. 753, D.).